

Ernesto Rodríguez

Bon vivant

→ POR MARÍA JOSÉ O'SHEA
FOTOS VERÓNICA ORTÍZ

En Le Flaubert le hacen precio especial, lo saludan de profesor. En el Lomit's, lo mismo. Mientras almorzamos en el primero, dos ayudantes lo llaman por teléfono. Uno, porque iría a comer a su casa esa noche. El otro, por algún trámite de algún taller o para comentar el paro estudiantil. Entra al restaurant otro par de tipos a almorzar. Cuando ven a Ernesto Rodríguez, los rostros se iluminan y lo saludan con sendos abrazos. Y lo tutean, naturalmente.

A sus 82 años, Ernesto es un rockstar. Ha enseñado toda su vida y por sus clases han pasado miles de generaciones. Enseña filosofía, enseña literatura, enseña poesía. Pero sobre todo enseña lo que mejor sabe hacer: vivir.

Hace un tiempo Carlos Peña le planteó que escribiera un libro sobre sus memorias. Y algo de eso está haciendo. Recuperando fragmentos de una vida llena de cuentos, de amores, de escándalos, de amistad. Llena de sentido.

Quisimos entrevistarle por eso. Pero con él las preguntas no valen la pena. Las que existen, ya se las hizo todas.

La lucha. “Yo fui rector de un colegio, a los 25 años. El rector más joven de Chile. Se llamaba Patmos, lo inventamos en Viña, fundado sobre una unión de la tradición griega, cristiana, contemporánea, y la poesía. Todo junto. Era muy bueno. Ahí estuve diez años, hasta que me sacaron por irreverente, por decir cosas impropias. Me preguntaron si tal filósofo católico era comparable con Heidegger. Yo les dije *hablemos en serio: una cosa es la parroquia, y otra la filosofía*. Y eso cayó mal.

Fueron los años más felices de mi vida. Lo pasamos extraordinariamente bien. Era bueno, era barato, la gente pagaba lo que podía. Nunca se nos ocurrió que fuera negocio.

Hoy estoy con los estudiantes porque creo que todas las personas debieran tener derecho a una educación buena y gratuita. Que ese derecho lo ejerzan, es otra cosa. En Alemania, Francia o Estados Unidos, educas a tus hijos en

el liceo de la esquina, que es gratis y bueno. Aquí es malo. Ahora, si tú quieres pagar porque tu hijo vaya a Eton o vaya a los colegios del Opus Dei, Los Legionarios o al Grange, lo pagas aparte.

En esos colegios tampoco debiese haber lucro. Es que hay que definir lo que es el lucro. Una institución decente como el CEP, el Grange, la Universidad de los Andes, la Alberto Hurtado o la Adolfo Ibáñez, tienen excedentes y esos excedentes los reinvierten, pero no se llevan la plata para la casa. Esa es la diferencia.

A mí me encantan los colegios porque creo que entre los 15 y los 18 años se juega la cosa, se definen los caracteres. Ahora yo hago clases en el Grange, donde tengo un grupo de 22 alumnos con los

que almuerzo todos los miércoles. En ese grupo hablamos de todo. Por ejemplo, les pregunto si fuman marihuana y se ríen... Seguramente unos fuman más que otros. Y otros, nada. Y si me preguntan a mí, les digo que sí. Que he fumado como diez veces, pero no porque me guste o porque lo necesite, sino que por cortesía. Encuentro que es de mala educación no recibir el pito cuando te lo pasan.

Es que este es un país tan beato... Siempre ha sido beato, provinciano. Pero durante la dictadura se juntó el hambre con las ganas de comer: hacerse rico y ganar el cielo.

“En el colegio no me metieron la culpa, me trataron bien. Mis padres estaban en la ruina, yo me portaba pésimo, me querían igual. Todo eso me hizo pensar que el mundo era bueno. Y lo sigo pensando”.



84

Es que este es un país tan beato... Siempre ha sido beato, provinciano. Pero durante la dictadura se juntó el hambre con las ganas de comer: hacerse rico y ganar el cielo”.

Me acuerdo que cuando se iba a construir la iglesia de San Francisco de Sales, pasabas por ahí en auto y había un tremendo letrero que decía *lo llaman del cielo*, y el número para pasar la plata. Ese es el símbolo de un Chile que me carga, que no puedo soportar. Hay un libro muy bueno sobre esto que escribió Alejandra Tumala. Se llama *Riqueza y Piedad*, y en la portada sale un grupo de viejos cuicos conversando a la salida de la misa.

A mí me cuesta decir esto porque, por ejemplo, yo soy amigo de los ministros de este gobierno. Y en el gobierno de la Concertación, no era amigo de ninguno. Es que yo pertenezco, por así decirlo, a un círculo cuico, entonces tengo más amigos en la derecha, pero eso no me obliga a votar por la derecha.

La única vez que he votado por la derecha, fue por Jorge Alessandri. Y a Pinochet le dije un NO muy serio, muy rotundo. ¿Por qué no llamó a elecciones inmediatamente después del golpe? Poco antes del plebiscito escribí una columna que se llamaba *Por qué digo NO*. Como sabía que El Mercurio jamás me la iba a publicar, llamé a Ascanio Cavallo, director de La Época. Me dijo que encantado, y la publicó. En la bajada le puso “las razones de un liberal”. El argumento de fondo era que yo no quiero que me protejan”.

La vida sin. “En el CEP hicimos una conferencia sobre *La amistad de los amigos*. Yo tengo muchos, muchos amigos. Aquí en esta libreta están sus teléfonos. Te voy a leer sólo los de las letras A y B: una amiga de mi hija, un amigo arquitecto, un cineasta, un amigo de Viña, una mujer que me gusta mucho, un tipo que es ingeniero, después uno que es mano derecha de Felipe Larraín; otro arquitecto, un novelista, un médico, un ayudante, otro ayudante... Todos ellos son los amigos a los que llamo, porque soy amistoso y cultivo la amistad.

En esa conferencia dije que lo más importante en la vida era estar *con* y lo peor era estar *sin*. Eso es algo que descubrí muy joven, como a los 20 años. Que lo peor es estar *sin*: no respirar el mundo, estar solo, estar confinado... Yo tuve la suerte de que mis padres me quisieron mucho. Y en el colegio de curas, los padres franceses de Valparaíso, también. Me portaba pésimo y era muy flojo. Hacía cosas medio locas, como pronunciar discursos riéndome o defendiendo a los judíos en la academia literaria, que estaba llena de árabes. Y sólo por hueviar”.

La cruz. “En el colegio teníamos clases de francés con el padre Mauricio. Era bajito, muy simpático, como salido de la leyenda celta. Cuando te portabas bien, te regalaba un *bon point* (buen punto), que eran un papel como del porte de un boleto de metro. Y cuando hice los nueve primeros viernes de mes –la promesa de cielo eterno que le habría hecho Dios a Santa Margarita María de Alacoque, si es que cumpla nueve primeros viernes seguidos– me regaló una tarjeta grande, como del porte de una tarjeta de crédito, que decía *bon point éternelle*. Y abajo, en muy buen francés, decía *No te olvides Ernesto que tu nombre está escrito en el reino de los cielos*. Era un colegio donde no me metieron la culpa, me trataron bien. Mis padres estaban en la ruina, yo me portaba pésimo, y me querían igual. Todo eso me hizo pensar que el mundo era bueno. Y lo sigo pensando.

El otro día fui a ver a mi mujer, que está muy enferma, y me encontré ahí con una revista Capital donde venía una entrevista de Humberto Giannini, quien también cree que el mundo es fundamentalmente bueno. Él también es cristiano. Yo menos que él, no voy a misa. Pero les tengo dicho a mis nietos que me entierren en la Iglesia Católica, en la parroquia de Pedro de Valdivia Norte.

En el CEP escribí un paper que se llama *Por qué soy católico y liberal y me resisto a sus consecuencias*. Hay que asumir las contradicciones como parte de la vida de uno. Ahí planteaba que ser católico puede ser un refugio y puede ser una pesadilla. Yo ya me liberé de la pesadilla.

De alguna manera, creo que el catolicismo todavía tiene mucho que decir. Sacando al cuiquerío, claro.

Y sí, se puede ser liberal y católico.

Se puede ser todo, depende de cuánto le pones a las cosas. Cuando vino la niña del censo a mi casa, me preguntó si era católico, agnóstico, judío, etc... Le pregunté si podía poner cristiano, pero como no existía esa categoría, entonces me tuve que poner católico. Ahora, que no me vengan a cobrar eso o, como dice Diego Maquieira, *give me a break*.

El cristianismo cambió este mundo, pero yo me rebelo contra la beatería. No puedo tragar a los autocomplacientes que encontraron la verdad. Salvo en las matemáticas, la verdad no existe; es inseparable del error”.

Amour. “Me he dado cuenta de que mientras más viejo, más me gustan las mujeres. Antes vivíamos en un mundo donde uno pasaba de la casa de la mamá, a vivir con la señora. Y descubrí a las mujeres después de casado. Todos mis amigos se divorciaron, pero yo no.

Una frase que me gusta mucho es *el deber me paraliza y la distracción me despierta*, por eso es que soy enamorado y siempre ando revoloteando. Tuve la suerte de que la Denise, que ahora está muy enferma, nunca me dijo nada. Era la mujer más elegante, más chic que ha habido en Chile. Tanto, que después de que se enfermó mis amigos elegantes dejaron de convidarme. Cuando jugábamos rugby en las canchas del Sporting de Viña, aparecía ella y se paralizaba el partido. Simpática, elegante. Un día le dije *cometiste un gran error: te casaste con un tipo mitad mapuche y mitad bachicha*. Ella asintió. Teníamos un matrimonio muy bueno. Porque nadie ha dicho que los matrimonios son los grandes amores de la vida.



No puedo tragar a los autocomplacientes que encontraron la verdad.

Salvo en las matemáticas, la verdad no existe; es inseparable del error”.



Es mentira que los años secan, que las emociones se pasan.

Me siento con más ganas de vivir que cuando tenía 20 años”.

86

Yo he tenido amores por los que ido dando alaridos por la calle. Ahora tengo uno. Es que yo tengo que enamorarme, conmoverme. Tengo una capacidad de emoción tremenda. No me ha ido muy bien, tampoco, porque cacho que soy un buen jugador de media cancha —*qué tipo más simpático, qué elegante, qué gran caballero, me dicen*—, pero cuando llego al área chica, me tupo. Se me enredan las patas.

El 18 de septiembre cumpla 83 años. Tengo tres hijos, ocho nietos, dos bisnietas y supe que viene la tercera en camino. Y todavía me enamoro, porque uno tiene la edad de sus sueños. Una cosa que a mí me ha acompañado mucho es la música, sobre todo la alemana. De Bach a Mahler. Si voy a un concierto de Beethoven, suenan los tres primeros compases de un movimiento y tengo que resistir el ataque

de llanto. La Denise me pegaba codazos. Como es tan proper, me decía “¡por Dios, eso no se hace!”

Poco antes de que dejara de hablar, yo iba a su pieza y le bailaba música clásica. ¿Viste la película *Amour*? Me mató, porque además es muy parecida a mi historia. En un momento, el marido se sienta y pone un *Impromptu* de Schubert. Ese *impromptu* lo oigo y me pongo a llorar. En mi entierro me gustaría que lo tocaran.

Es mentira que los años secan, que las emociones se pasan. Me siento con más ganas de vivir que cuando tenía 20 años”.

La otra vida. “Ahora estoy releiendo por enésima vez al novelista más grande de toda la modernidad, Proust. Tengo la suerte de poder leerlo en francés. En *El tiempo recobrado*, dice una cosa maravillosa: *la verdadera vida es la literatura*. Porque la literatura es la vida que tenemos escondida y que por convenciones sociales, cobardía o pereza, no nos atrevemos a desarrollarla. Por eso, sin los libros, sin un cuarteto de Schubert, y sin enamorarme, no podría vivir.

Nietzsche ha sido también una gran liberación, asumir que el horror forma parte de la vida. Y desde ese mismo punto, también leo a Dante, lo que me costó que me sacaran de la escuela de Derecho de la UC. En la clase leí el canto donde están los amantes, Paolo y Francesca, y entra el marido de ella y los mata. Francesca dice, *de este nunca me separaré y, como ves, aún el placer no me abandona*. Yo digo que esa es buena teología católica, porque Dios no puede impedir que lo que es, sea.

De la escuela de Economía de la UC me sacaron también. Primero porque leí un poema de John Donne, *To his mistress going to bed*, que parece que causó mucho escándalo porque al día siguiente me llamó la Carmen Tessada y me dice, “mira Ernesto, mejor que termines este semestre...” Yo le dije que si me echaba por el poema iba a hablar con Juan de Dios Vial. Me mantuvieron, hasta que encontraron la manera de sacarme mediante un resquicio que decía que estos cursos sólo podían darlos profesores de los institutos, y yo no era de ninguno. Les dije a sus alumnos que me despediría tal como dice Melville en *Moby Dick*. *Al cuerpo, ostras y champagne. Al alma, luz y espacio. Así tendrás derecho a una gloriosa resurrección, si es que la hay*. Me hicieron una gran fiesta en al escuela, pero ninguna de las autoridades fue.

Lo he pasado muy, muy bien. A pesar de que por debajo de pasarlo bien, la vida es de una tristeza insondable. Y al final tenemos que enfrentar, yo muy luego, lo inexplicable que es la muerte. Pero cuando aceptas que vas a morir, les pierdes el miedo”. ●●●